

ocuparse de Eloin: «que desgraciadamente tenía modales bruscos, que le habían creado muchos enemigos y se los crearían siempre; pero que estaba lleno de otras buenas cualidades, de corazon y de inteligencia.»

Llama verdaderamente la atencion, que Maximiliano, confesando que Eloin tenía *poco conocimiento de los negocios, falta de tacto y de amabilidad, modales bruscos*, y que trataba á todos grotescamente *empezando por los más altos funcionarios mejicanos*, le hubiese tenido de jefe de su Gabinete, de ministro universal de hecho.

A ocupar el puesto de director de la prensa entró en el Gabinete particular del emperador, poco despues de la partida de Eloin, el abate Domenech, que tenía, como tengo referido ya, un concepto poco favorable de los mejicanos, sin excepcion de clases.

1865. Casi al mismo tiempo que Eloin desembarcaba en Europa para desempeñar la mision que le había confiado el emperador, entraba á ejercer sus funciones de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Méjico, cerca de la Sublime Puerta, el general don Leonardo Marquez. El 24 de Mayo presentó sus credenciales, en una cartera de terciopelo blanco, bordada de oro, al Gran Sultan en el palacio imperial de Beyler Beyi, poniendo además en sus manos el gran cordon del Águila Mejicana.

El ceremonial se verificó con toda la grandeza, pompa y magnificencia que caracterizan á la córte oriental. El Gran Sultan envió á su introductor de embajadores, vestido de gala, y en una barca lujosamente dispuesta para conducir al enviado mejicano á palacio, donde encontró

formadas las guardias, que le hicieron los honores debidos á su clase. El discurso de don Leonardo Marquez al entregar sus credenciales fué breve y expresivo. La contestacion del Sultan estuvo llena de deferencia hácia Maximiliano y la nacion mejicana.

Terminado el acto, don Leonardo Marquez salió acompañado por el mismo séquito con que había entrado, y recibiendo nuevos obsequios hasta que se embarcó para regresar á su casa.

Aunque todo esto era muy honorífico para el enviado mejicano, el partido conservador, sin embargo, hubiera preferido que la mision que se le había confiado al expresado general, se le hubiese encomendado á otro individuo, y que él hubiera permanecido en el país, al frente de su division, combatiendo á las fuerzas republicanas que se hallaban divididas en fuertes guerrillas en el Estado de Michoacan.

Era la única provincia, por decirlo así, en que se sostenía la lucha con más actividad, y donde, por lo mismo, presentaba más dificultades la campaña. Pero el gobierno imperial había dispuesto de otro modo, y á los conservadores no les quedaba más remedio que conformarse con la disposicion dictada.

El coronel francés De Potier, que era el comandante superior de Michoacan, con el fin de evitar que los adictos á la causa republicana que había en las poblaciones imperialistas favoreciesen á los jefes de guerrilla, juzgando que así éstos no tendrían aviso de los movimientos de las tropas franco-mejicanas, y en consecuencia serian fácilmente sorprendidos y destrozados, se propuso castigar severa-

mente á los que estuviesen en correspondencia con ellos. Sabiendo que una parte del vecindario de la villa de Quiroga, donde había varias familias que tenían parientes en el campo republicano, ponían en conocimiento de ellos todas las providencias que se dictaban, impuso á la poblacion una fuerte multa, y castigó en la ciudad de Morelia, con la pena de azotes, á dos individuos por igual motivo.

Al tener noticia de este hecho y de la imposicion de aquella multa el prefecto político de Morelia don Antonio del Moral, pasó un oficio lleno de energía y dignidad, como todos los que he dado á conocer de él en esta obra, pidiendo que no se llevase á efecto la multa, y protestando contra el castigo aplicado á los dos individuos referidos.

1865. Habiendo rehusado el coronel De Potier tratar oficialmente aquel asunto, el digno prefecto don Antonio del Moral marchó, personalmente, en la mañana del 10 de Mayo, á la casa del expresado coronel, llevando al mismo tiempo una comunicacion que había recibido del mariscal Bazaine, en contestacion á una que él le había enviado dándole noticia de aquel desagradable suceso. El oficial que estaba de servicio, al preguntar el señor Moral por el jefe francés, le contestó que no estaba en casa; que hacía un momento que había salido. Persuadido el prefecto político de que el coronel De Potier estaba dentro y que aquello era una excusa para no hablar del asunto que llevaba, se retiró, y en la tarde del mismo día 10 le dirigió la siguiente comunicacion:

«Señor coronel De Potier:—Asuntos del servicio público que V. S. ha rehusado tratar oficialmente, me pu-

sieron en la penosa necesidad de ocurrir hoy, á las once, á su habitacion.

»La multa impuesta y exigida por esa comandancia á los vecinos de Quiroga, y el severo y humillante castigo aplicado á dos personas de esta capital, han causado honda y amarga sensacion en el público, que espera con ansiedad la solucion de estas graves cuestiones, solicitada por la autoridad civil. Con este objeto y con vista de lo que sobre el particular se sirve decirme el señor mariscal Bazaine, en comunicacion que recibí ayer, me apresuré á acercarme á V. S. en la hora que dejo indicada; pero habiéndome anunciado por medio del oficial de servicio, tuve el desagrado de que se me mandara contestar que V. S. andaba fuera, cuando estaba seguro y tenía evidencia de que en aquel momento se encontraba en su habitacion.

»En tal concepto debo anunciar á V. S. que en lo sucesivo esta prefectura no tratará negocio alguno con esa comandancia, sinó por escrito, y en el lugar, modo y forma que corresponden á su dignidad.»

El coronel De Potier, conociendo la falta que se había cometido con el probo prefecto político, cuya rectitud de carácter apreciaba, le contestó acto continuo de haber recibido la comunicacion, con el siguiente oficio:

«Señor prefecto:—Estoy verdaderamente mortificado por lo que ha sucedido, y le suplico crea que no tengo parte alguna en esta equivocacion. Siento que no me haya Vd. hecho llamar por medio del centinela. Para no molestar á Vd. pasaré á su casa á los tres cuartos para las cinco, al irme al paseo. Le suplico me diga si estará Vd. en su casa á esa hora.

«Reciba Vd., señor prefecto, las seguridades de mi alta consideracion.»

A pesar de las consideraciones que las autoridades militares francesas guardaban con el prefecto político don Antonio del Moral, éste, disgustado de la marcha política que seguía el gobierno, y en vista de que la situacion del departamento no mejoraba en lo más leve, volvió á hacer por tercera vez su renuncia del puesto que ocupaba, anhelando retirarse á la vida privada. La renuncia elevada el mes de Mayo al emperador, pocos días despues de su comunicacion al coronel De Potier, decía así:

«Señor.—Es ya de todo punto inútil mi permanencia en la prefectura. Desde que tomé posesion de ella, he estado manifestando sin cesar, por todos los ministerios, con especialidad por los de Gobernacion y Guerra, y á V. M. directamente, los inmensos males que afligen al departamento y no se remedian: he dirigido repetidos informes sobre los varios ramos de la administracion pública, y no se escucha; hago consultas en negocios graves, y no se resuelven; hablo, en fin, y no se me contesta, ó se me dan tardías y lastimosas contestaciones. ¿Qué quiere decir esto; qué significa? No lo comprendo.

»Entre tanto, el departamento en su agonía, fija sus miradas sobre la autoridad pública, acusándola de inepta, ó de indolente al ménos á los desastres de los pueblos. De cualquiera modo, ni la conveniencia ni el honor permiten permanecer en un puesto en que nada puede hacerse en bien de la sociedad.

»Suplico, por lo expuesto á V. M., y se lo suplico por tercera vez, se sirva admitirme la renuncia que tengo

hecha de la prefectura política, previniendo al prefecto municipal se reciba del mando miéntras V. M. tiene á bien nombrar persona que definitivamente lo ejerza.»

Lo expuesto en esta renuncia por don Antonio del Moral, demuestra el abandono que reinaba en el ministerio, y la marcha desacertada en los negocios públicos.

No era posible que los conservadores, en vista de la conducta observada por los ministros que, en su totalidad, habian pertenecido al partido contrario, de la ciega confianza con que el emperador dejaba en manos de ellos los más importantes negocios sin casi ocuparse él de examinarlos, y del descuido con que miraba la organizacion de un ejército nacional, confiasen en que se consolidaría el trono. El emperador, aunque conocía que es indispensable á todo gobierno contar con un ejército propio, aun cuando el país no se vea turbado por luchas intestinas, creía que

1865. en el tiempo que aún tenían que permanecer
Mayo. las tropas francesas en Méjico, las cortas

fuerzas republicanas que aún combatian, reconocerian el imperio, haciendo así innecesario el aumento del ejército con que contaba ya el país. Las palabras pronunciadas en las Cámaras francesas por ilustres oradores y aun por los ministros de Napoleon, le afirmaban más y más en la creencia de que tendría el apoyo de la Francia, hasta la completa pacificacion del país, que el gabinete de las Tuillerías juzgaba cercana. Al discutirse en el cuerpo legislativo francés el discurso de Napoleon, algunos oradores de la oposicion, entre ellos Julio Favre, habló fuertemente contra la expedicion enviada á Méjico, apoyando una enmienda que algunos miembros de la Cámara de su comu-

nion política habían presentado. Entónces el célebre hacendista Mr. Corta, que hacía poco había vuelto de Méjico, tomó la defensa de la política seguida por el gobierno de Napoleon. Empezó su discurso diciendo que iba á dar testimonio de lo que había examinado por sí mismo, y entró desde luego á considerar las pruebas de vitalidad que había dado Méjico en medio de sus revoluciones; vitalidad que procedía de la extension y posicion geográfica de su territorio, donde se producen en prodigiosa abundancia todos los frutos de la tierra, y todos los metales preciosos. «La naturaleza», dijo, «lo ha hecho todo para la prosperidad de Méjico; los hombres, todo para su ruina»; y despues de detenerse á querer probar esta proposicion con testimonios de la historia contemporánea, declaró que á Méjico sólo le faltaban dos cosas para reponerse: un gobierno regular, y tiempo. «El gobierno regular», añadió, «ya existe»; y recordó en apoyo de su aserto el entusiasmo con que el emperador fué recibido á su llegada. Dijo que los indios le recibieron como á su libertador; los demás méjicanos como al ángel de salvacion; y que sólo permanecieron extraños á este recibimiento los hombres para quienes la guerra civil había llegado á ser una necesidad, un hábito, y una condicion de su existencia. Hablando luego de la política, dijo que el emperador Maximiliano era el hombre más liberal de Méjico, y enumeró las medidas que había dictado, entre ellas la de libertad de cultos y nacionalizacion de bienes de la Iglesia, que aunque habían causado estas últimas notable sensacion, no llegaron á producir el menor trastorno público, porque los espíritus se encontraban en calma. Al tratar de la

cuestion de Hacienda, lo hizo con detenimiento. Consideró el presupuesto bajo el gobierno español, y en tiempo de la república, y demostró que Méjico podía fácilmente cubrir el presupuesto en el gobierno de Maximiliano con ménos de treinta millones de duros. Tocando en seguida el punto de la pacificacion del país, hizo notar que la vasta extension del territorio, la ocupacion de algunos puntos por los republicanos, los hábitos viciosos creados por una anarquía de cincuenta años, habían sido causas poderosas para retardar la pacificacion; pero que estando ya todos los puertos en poder de las tropas imperiales, ^{1865.} ^{Mayo.} fortificándose cada día más la confianza en el gobierno, y que habiéndose creado Guardias rurales para la activa persecucion de las partidas, la obra de la pacificacion no podía ser larga. Para ello dijo que era necesario mantener allí el ejército que la había empezado, porque retirarle, «sería», añadió el orador, «comprometer esa obra, y hacer que nuestra política fuera la irrision de la Europa».

«Retirar nuestro ejército», siguió diciendo, «es decir, abandonar á los que se han adherido al imperio, exponerlos á las reacciones que podrían ser su consecuencia, sería un acto indigno de la Francia. En el lugar de nuestra bandera, plegada con demasiada precipitacion, la Francia dejaría su honor abandonado; y á la Francia se le puede pedir un sacrificio de dinero; pero el sacrificio de su honor, jamás».

El orador terminó este punto diciendo que el ejército francés de Méjico podía irse reduciendo sucesivamente, hasta retirarse del todo, á medida que se organizasen los

cuerpos auxiliares; pero que no debía hacerse mientras no estuviesen seguros y á salvo los intereses que la bandera francesa sostenía en Méjico.

El ministro de Estado Mr. Rouhuer cerró el debate con un discurso que terminó con estas palabras: «Es necesario alcanzar el fin: la pacificacion debe ser completa: lo quieren igualmente la dignidad de la Francia y la del emperador. El ejército francés no debe volver á nuestras playas sinó despues de acabar su obra, y triunfante de las resistencias que haya encontrado».

La lectura del discurso del ministro de Estado de Francia fué de suma satisfaccion para el emperador Maximiliano. Continuaba éste aún en la hacienda de Jalapilla, á media legua de Orizaba, cuando recibió la correspondencia en que se hallaba el expresado discurso, y no dudó de que pronto, con el apoyo del gobierno de las Tullerías, llegaría á ver realizado su bello ideal de unir á los diversos partidos de Méjico, más por medio de su política, que por la fuerza de las armas; deseando que su trono fuese sostenido por el amor de todos los mejicanos y no por las bayonetas de un ejército que organizase. Sin embargo, como no hay país que no necesite de un cuerpo de tropas para la conservacion del órden interior, así como para la defensa nacional en caso de una guerra con una potencia extranjera, Maximiliano conocía que debía formarlo, y había encomendado desde un principio, como queda referido, la organizacion de él al mariscal Bazaine. Como en

1865. los planes de la política de éste estaba no organizar un ejército conservador que se opusiera á varias de las medidas que habían dictado, entre las

cuales se contaban los asuntos relativos á la Iglesia, no sólo no llegó á cumplir con la mision que se le había confiado, sinó que persuadió á Maximiliano de la inconveniencia de formarlo por entónces, si se quería evitar un movimiento revolucionario en sentido religioso, desconociendo á la intervencion y al emperador.

Transcurrido algun tiempo y empezando á cumplirse los plazos señalados para la vuelta á Francia de algunos de los batallones expedicionarios, Maximiliano conoció que era preciso reemplazarles con tropas mejicanas, y volvió á indicar su organizacion á Bazaine, sin que éste diera, á pesar de ello, el más leve paso en obsequio de la disposicion.

Maximiliano, bien porque temiera indisponer contra sí al mariscal francés, bien porque juzgase que la pacificacion del país se alcanzaria por las presentaciones de los jefes republicanos reconociendo el imperio al ver planteados los principios de libertad religiosa que deseaban, siguió descuidando la formacion del ejército. La primera señal de que no había echado en completo olvido la organizacion de él, la dió, aunque de una manera muy débil, pocos días despues de su llegada á Orizaba, en la hacienda de Jalapilla. Allí, en varias conferencias que tuvo con el subsecretario de Guerra, que fué llamado de la capital, y con el general de la legion austriaca conde de Thun, acordó la formacion de una brigada de fuerzas mejicanas que servirían de pié para la organizacion del ejército. Resuelto esto, Maximiliano dirigió una carta al mariscal Bazaine el 5 de Mayo, desde la hacienda de Jalapilla, en que le hacía saber su determinacion. «Mi querido mariscal», le